

# La política del post-desastre: las inundaciones en Miramar como hito en la historia del pueblo

*Matías Barberis Rami* \*

---

## Resumen

En el ámbito de la comunidad científica se ha diagnosticado una evidente falta de habilidad por parte de los gobiernos locales para gestionar eficientemente los riesgos de desastres, desplazando la atención hacia la atribución de responsabilidad frente a la ocurrencia de un evento. Por su parte, en el seno del paradigma de la sostenibilidad la atención ha girado hacia el reto que representa este tema para el desarrollo local.

Las catástrofes pueden generar cambios bruscos en los modos de vida de las personas, conforme a la capacidad que tengan las mismas de afrontar escenarios de riesgo. Miramar es una ciudad ubicada en la costa sur de la Laguna Mar Chiquita, al noreste de la Provincia de Córdoba (Argentina), caracterizada por el gran turismo nacional e internacional, evidenciando períodos de gran fervor económico, así como reiteradas inundaciones.

El propósito de este artículo es analizar las políticas del posdesastre luego de la inundación que ocurre en la localidad de Miramar en los años

---


\* Doctor en Estudios Sociales y Máster en Políticas para el Desarrollo Sostenible. Investigador en el Laboratorio de Estudios Urbanos, Universidad de Ferrara (UNIFE).

---

**Código de Referato:** SP.233.XLIII/17

<http://dx.doi.org/10.22529/sp.2018.43.05>



*STUDIA POLITICÆ*  Número 43 primavera-verano 2017/2018 – pág. 131-151  
Publicada por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, de la Universidad Católica de Córdoba, Córdoba, República Argentina.

setenta. Es un caso de especial relevancia por las políticas implementadas en la fase de emergencia, respuesta y reconstrucción de la vida socio-económica. El supuesto que subyace a este estudio es que el conjunto de acciones llevadas a cabo luego de las inundaciones respondieron a un modelo de reconstrucción tardío que no favoreció a la mitigación de desastres futuros.

**Palabras clave:** Inundaciones – Posdesastre – Gestión del Riesgo – Políticas Públicas

### Abstract

In the scientific community a lack of skill on the part of local governments to effectively manage disaster risks has been diagnosed, shifting attention to the attribution of responsibility after the occurrence of a catastrophic event. Meanwhile, within the paradigm of sustainability the attention has turned to the challenge of understanding the contribution of this issue to local development.

Disasters can generate sudden changes in people's lifestyles, according to the capacity they build in order to face risk scenarios. Miramar is a city on the south coast of Laguna Mar Chiquita, in the northeast of the Province of Córdoba (Argentina), characterized by the large national and international tourism, highlighting periods of great economic fervor and repeated flooding.

The purpose of this paper is to analyze the policies of post-disaster after flooding that occurs in the town of Miramar in the seventies. It is a case of special relevance for the policies implemented in the emergency phase, response and reconstruction of the socio-economic life. The assumption underlying this study is that the set of actions carried out after floods responded to a late-reconstruction model that did not favor the mitigation of future disasters.

**Key Words:** Floods – Post-Disaster – Disaster Risk Management – Public Policies

## 1. Introducción

MIRAMAR es una localidad del noreste de la provincia de Córdoba, que desde inicios del siglo XX se ha caracterizado por tener un gran afluente turístico nacional e internacional. La historia de la laguna Mar Chiquita, sobre la cual se asienta el pueblo, muestra variaciones en los cursos de los ríos tributarios que han hecho variar el nivel de agua de la laguna, creando épocas de gran fervor económico, así como distintas y sucesivas inundaciones en Miramar. Cuando uno visita el museo de fotografía en la localidad ribereña, se ofrece a los turistas una narración tenaz y sin titubeos sobre las consecuencias inmediatas del desastre:

Fue la inundación más grande que tuvo que soportar el pueblo. Se vieron afectadas treinta y siete manzanas, se inundó más del 60 % del pueblo. No hubo víctimas, ninguna, sólo pérdidas materiales [...] De los ciento diez hoteles, ciento dos se inundaron. El 90 % de la hotelería. También algunos de los establecimientos públicos como la terminal de ómnibus, y dos de las tres iglesias. (Narración de la guía del museo de fotografía, enero 2014)

En los variados relatos de la gente, la profundidad ontológica que adquiría la narración del desastre mostraba su función en la historia del pueblo en general y en las historias de vida en particular. La inundación habría marcado un antes y un después:

El impacto que produce una inundación... A nosotros nos quitaron la historia, no podés ir más con tu hijo y decirle: mirá, acá vivía el abuelo. Eso se perdió. (Mauricio, 45 años, empleado de comercio, ex residente de Miramar)

La conexión entre la historia y el desastre era explícita: dentro de los primeros cinco minutos de conversación con los habitantes, los relatos confluían en la inundación.

Lo que se ponía en juego no era simplemente la historia del “perdimos todo” en términos materiales, sino los cambios que había provocado un evento en el campo simbólico de quienes vivían en la ciudad: la forma de entender y el significado atribuido a la economía, a la participación social, a los vínculos con los otros ciudadanos, la relación con las instituciones, etc.

Los desastres se constituyen como acontecimientos desde los cuales se puede realizar una reflexión sobre la historia y sobre quienes construyeron tal historia. Sin embargo, lo que se debe analizar no es simplemente el factor que es pivote en la historia, sino que se deben entender las causas y las consecuencias del mismo (García Acosta, 2004). Estos se producen en el contexto de patrones de vulnerabilidad históricamente construidos, evidenciados en la localización, la infraestructura, la organización sociopolítica, los sistemas de producción y la ideología de una sociedad (Hoffmann y Oliver-Smith, 2013).

Es por ello que en este artículo se propone una reflexión sobre un campo disciplinar en desarrollo: el estudio de las políticas diseñadas e implementadas luego de la ocurrencia de desastres siconaturales. El objetivo será analizar las políticas del post-desastre luego de la inundación que ocurre en la localidad de Miramar en los años setenta.

A lo largo del artículo se presentarán las miradas de distintos actores locales vinculados al gobierno, a emprendimientos privados y a organizaciones

de la sociedad civil, ya que a través de sus miradas se puede comprender el significado que cada uno de ellos ha atribuido a las medidas implementadas luego de la inundación (Hoffmann y Oliver Smith, 2013). Esta información ha sido recolectada a través de entrevistas en profundidad llevadas a cabo en el período 2013-2015 así como a través del estudio de fuentes secundarias como diarios locales e información estadística disponible a nivel nacional y provincial.

En la siguiente sección se pondrá de manifiesto el rol de los gobiernos en la gestión del riesgo y la recuperación post-desastre desde el punto de vista de los estudios interdisciplinarios sobre esta temática. Luego, se presenta un recorrido de la historia de Miramar y de las distintas inundaciones que se verificaron a lo largo del tiempo. A partir del marco conceptual y la delimitación del contexto, se analizarán las medidas implementadas en la fase posterior a la inundación del setenta, privilegiando los significados que los distintos actores han atribuido a las mismas. Finalmente, se presentará una reflexión sobre el rol de las políticas del posdesastre en el devenir de la historia de Miramar.

## **2. Los gobiernos en la gestión del riesgo y la recuperación post-desastre**

Los desastres no son un fenómeno novedoso: han existido en distintos momentos de la historia. Sin embargo, la creciente mediatización y la introducción del tema en la agenda política internacional han puesto en escena el debate sobre las causas y las consecuencias de los mismos en la vida de las personas.

Se estima que la cantidad de desastres y su impacto ha aumentado en las distintas regiones del mundo, con pérdidas económicas que ascienden hasta los 300 mil millones de dólares. Gran parte del impacto de los desastres está asociado a la subestimación de los costos del riesgo extensivo, es decir, el riesgo de desastres de poca gravedad, pero recurrentes, que tienen lugar sobre todo en países de medios y bajos ingresos (PNUD, 2014; UNISDR, 2015).

Las principales causas que han originado este contexto de incremento cuantitativo y cualitativo de desastres están vinculadas al rápido y poco planificado crecimiento urbano, el deterioro ambiental, el cambio climático y la ineffectividad de las políticas públicas, entre otras (UNISDR, 2015).

Las sociedades contemporáneas han asociado, mayormente, los desastres con eventos naturales, lo cual no es un equívoco, pero es un dato incomple-

to. El peso de las actividades humanas en el ambiente cambia al variar las condiciones de vida, la tipología de las actividades antrópicas, la tecnología, las modalidades de gestión, el tipo de organización social de las comunidades que viven y operan en un determinado espacio (Di Donna, 1994). Asimismo, hoy en día las sociedades se encuentran frente a numerosos obstáculos en la forma de afrontar los riesgos y mitigar los desastres: escasas medidas de comunicación, falta de sistemas de prevención efectivos, alertas deficientes, falta de recursos económicos, inconsistencias en los sistemas de gobierno, etc. (Fontana, 2014).

Ahora bien, ¿cómo se ha conceptualizado al riesgo? ¿Qué es un desastre? Niklas Luhmann explica que el término riesgo refiere a “decisiones con las que se vincula el tiempo, aunque el futuro no se puede conocer suficientemente” (1996: 135); tiene que ver con la reconstrucción de un fenómeno de todo punto de vista contingente y que ofrece, por tanto, distintas perspectivas a observadores diferentes. En lo concreto, el riesgo puede ser definido por la relación entre una o múltiples amenazas y un conjunto de vulnerabilidades que potencian la acción de tal amenaza. En esta relación, las comunidades pueden desarrollar una determinada capacidad de respuesta frente a estas amenazas, lo cual permite reducir el riesgo (Simioni, 2011; Lavell, 2002a; UNISDR, 2009).

Por su parte, un desastre puede ser entendido como una categoría social, como la actualización del grado de vulnerabilidad existente en una sociedad frente a la presencia de una amenaza: el desastre es el riesgo consumado (Lavell, 2002b).

Los primeros estudios sistemáticos acerca de la temática fueron en las décadas del cincuenta y sesenta, momento en que el desarrollo de nuevas tecnologías puso en evidencia un importante déficit en el control y la seguridad de la población. Frente a ello, se articulan los conocimientos provenientes de la ingeniería con el análisis de costo-beneficio, integrando de este modo el factor humano: los factores de riesgo no tenían exclusivo vínculo con la naturaleza de las cosas, sino también con las acciones y decisiones del hombre.

Mientras que en la década del setenta las sociedades reaccionaban a la ocurrencia de desastres y prevalecía la idea de estudiar la previsibilidad de los fenómenos (Natenzon, 2000; Lavell, 2002b), en la década de noventa y frente a un contexto de cada vez mayor recurrencia e impacto de eventos catastróficos se buscó minimizar y reducir las vulnerabilidades para mitigar los efectos adversos de los desastres. Por ello, la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas declara la “Década Internacional para la Reducción del Riesgo del Desastre”.

Contemporáneamente, con este llamado a la concientización sobre el tema de la reducción del riesgo, se introdujeron en el ámbito académico las denominadas teorías de la gobernabilidad, que tendrían luego su impacto en la agenda política y en el modo de diseñar las políticas públicas para la gestión del riesgo. Estas teorías entendían que el riesgo estaba vinculado a la necesidad de una regulación o bien de un control social a través de la participación del poder político. Se concebía al riesgo como producto de una tardía modernidad, como resultado del proceso de modernización de las instituciones y se pensaba que los individuos tenían la posibilidad de controlarlo a través del principio de acción (Caragliano, 2007).

El enfoque de la gobernabilidad del riesgo fue adoptado por distintas organizaciones internacionales y aplicado bajo una doble conceptualización: por un lado bajo el concepto de gobernabilidad (*governability*) entendido como la capacidad de dar respuestas a demandas sociales y ejecutar políticas públicas; por otro lado, a través de la idea de gobernanza (*governance*) que refiere al conjunto de estructuras, redes e instituciones que posibilitan las interacciones y estilos horizontales de intercambio y cooperación entre el gobierno y diversos actores (Jimenez, 2008).

A partir de la implementación del Marco de Acción de Hyogo (MAH): aumento de la resiliencia de las naciones y las comunidades ante los desastres (2005-2015), y, actualmente con el Marco de Sendai para la reducción del riesgo de desastres (2015-2030), las políticas de gestión del riesgo y los debates académicos han virado su perspectiva hacia algunos conceptos claves como la resiliencia, la creación de capacidades y la gestión local del riesgo.

Mientras que la resiliencia promueve el aprendizaje de desastres pasados para estar mejor preparados para un futuro, la creación de capacidades busca reforzar las habilidades de una sociedad para prevenir riesgos y mitigar el impacto de los desastres. Por su parte, la gestión local del riesgo está vinculada con la capacidad de los actores locales, solos o en relación con actores externos, para establecer las condiciones que posibiliten reducir el riesgo a lo largo del tiempo (Lavell, 2002a).

Un aspecto a tener en cuenta en la gestión local del riesgo es conocer si los actores locales gestionan o cogestionan dicho proceso y si se apropian del mismo como parte del desarrollo local. El incremento en los procesos de preparación, recuperación y reconstrucción post-desastre en las últimas tres décadas puede ser atribuido en cierta medida a la falta de conocimiento acerca de los riesgos existentes en los contextos locales en donde ha ocurrido un desastre (Hoffmann y Oliver-Smith, 2013).

En cuanto refiere a los procesos de respuesta, recuperación, reconstrucción y rehabilitación luego de la ocurrencia de un desastre, una de las

principales problemáticas ha sido la mezcla de motivaciones en cuanto se verifica una tensión entre la velocidad de restauración, la reducción del riesgo futuro y la oportunidad de mejoramiento (Kates, citado en Oliver-Smith, 1994).

Los potenciales para la reconstrucción dependen en gran medida de los recursos, las capacidades internas y habilidades de cooperar entre los distintos niveles de gobierno y los sectores de una sociedad. Por ello, en el post-desastre resulta clave una combinación entre la planeación formal gubernamental y la participación de organizaciones y grupos presentes en una comunidad en particular.

En este marco, la política del post-desastre puede ser entendida como aquel conjunto de políticas públicas y prácticas ciudadanas que tienen como objetivo la atenuación del impacto de un evento adverso sobre una comunidad, la reducción de las vulnerabilidades preexistentes y la promoción de un desarrollo sostenible.

La vulnerabilidad resulta un factor clave que vincula las condiciones antes de la ocurrencia de un fenómeno con las acciones que se toman en la fase posterior. Por ello debemos entender que la vulnerabilidad es una variable histórica, socialmente construida y multidimensional, que tendrá un impacto en el desarrollo territorial de una sociedad determinada.

Wisner ha definido la vulnerabilidad como las características de una persona o un grupo y su situación que influencia su capacidad para anticipar, afrontar, resistir y recuperarse del impacto de una amenaza natural —un evento natural extremo o un proceso— (Wisner *et al.*, 2004). Es decir, está vinculada al comportamiento social, los procesos de acción social, las estructuras simbólicas y los sistemas nativos de significados (Ligi, 2009).

Distintos autores comparten la noción de que el análisis de la vulnerabilidad es dinámico, sobre todo asociado a la variable tiempo: “se puede medir en términos del daño a futuras formas de vida, y no sólo al momento de la ocurrencia de un evento extremo” (Wisner *et al.*, 2004: 12). En otras palabras, la vulnerabilidad es una construcción histórica (García Acosta, 2004; Oliver-Smith, 1996).

Siguiendo a Alexander (citado en Ligi, 2009), la vulnerabilidad se compone de tres factores: una función amplificadora del riesgo, constituida de las consecuencias de una mala o escasa planificación; una función de mitigación, constituida de las obras eficaces de planificación y el uso de medidas de seguridad en las edificaciones; y una función de percepción, determinada por lo que se entiende en cada contexto de lo que es peligroso. Por su

parte, Gianluca Ligi explica que la vulnerabilidad se puede medir en base a la diferencia de las acciones que tienden a aumentar el riesgo y las acciones que tienden a disminuirlo.

La definición de Alexander y Ligi, así como otras conceptualizaciones (Oliver-Smith, 1996; Lavell, 2002a; Herzer, 2002; Fontana, 2008), podrían resumirse en dos variables vinculadas a la amenaza: la vulnerabilidad, entendida como los aspectos deficitarios de una población en relación a una determinada amenaza o grupo de amenazas; y la capacidad de respuesta, entendida como todos aquellos mecanismos sociales, económicos, políticos y técnicos existentes, así como las medidas de mitigación que se activan para afrontar un evento extremo.

Este concepto clave ha sido generalmente asociado a la pobreza, la falta de recursos y la marginalización; sin embargo, estos son apenas algunos de los elementos que componen su complejidad. Algunos autores han analizado distintas dimensiones del concepto (Fontana, 2014; Birkmann, 2008; Ligi, 2009; Hoffmann y Oliver-Smith, 2013), las relaciones multifactoriales entre las variables que componen la vulnerabilidad (Wisner *et al*, 2004), así como distintos sistemas de indicadores para medirla (Cadorna, 2005; Graziano, 2012).

Por su parte, Mary Douglas (1991) afirma que en la práctica es importante desarrollar un estudio pormenorizado de lo que se dice y lo que se hace en relación a los desastres, antes y después de su ocurrencia. Esta aproximación supone que las vulnerabilidades tienen que ser analizadas a lo largo del tiempo y desde una perspectiva local. Analizaremos estos factores con mayor detenimiento en las siguientes secciones.

### **3. Historias de una inundación**

Miramar se funda en 1924 a través de su oficialización como pueblo, decretada por el entonces gobernador de Córdoba, Julio Argentino Roca hijo. En 1928, se crea el Municipio de Miramar. Para la fecha, se desarrolló gran parte de la industria hotelera, proceso que se potenció particularmente entre las décadas del veinte y del cincuenta con la construcción de distintos hoteles como el Mira-Mar, el Petit Hotel, el Hotel Rafaela, el Gran Hotel Viena y el Hotel Marchetti.

Si bien su nacimiento turístico estuvo asociado a un lugar de veraneo de la aristocracia argentina, desde inicios del siglo XX la localidad de Miramar se ha caracterizado por ser una ciudad con un gran afluente turístico nacional e internacional. Con el paso del tiempo y al descubrir las propiedades



curativas de la laguna, la oferta turística tuvo que adaptarse a todos los estratos sociales (Zapata, 2011).

En los primeros años de la década del setenta y luego de un período de sequía, se da en Miramar una época de oro, consolidándose en el pueblo una gran infraestructura de servicios que contaba con más de cinco mil plazas para turistas distribuidas en más de ciento diez hoteles, hospedajes, cabañas y hosterías. Una doble faceta caracterizó esta época: una gran oferta de turismo de salud con centros termales públicos y privados, así como una oferta de turismo recreativo compuesto por una rambla de más de tres kilómetros construida a fines de los años cuarenta, piletas de agua dulce y salada, pistas de baile y espectáculos al aire libre (Zapata, 2011).

Además del turismo, tres importantes actividades productivas se han desarrollado en Miramar: la producción agropecuaria —en su origen vinculada al cultivo de cítricos—, la cría de nutria y la pesca del pejerrey, que ingresaba a la laguna cuando aumentaba el nivel del agua y disminuía la salinidad. Es notable la variabilidad del nivel de actividad económica-comercial conforme al período del año, lo cual ha vinculado la dependencia de la oferta-demanda turística con las estaciones del año.

Asimismo, en esta localidad ribereña se han registrado tres notables inundaciones a lo largo de su existencia: en 1959, a fines de la década del setenta y en el año 2003. Se habían ya documentado algunas inundaciones en la década del veinte aunque con un bajo impacto social, visto que el pueblo se estaba recién formando. Si bien la historiografía presente (Zapata, 2011; Bucher, 2006) refiere a algunos otros eventos como tornados o temporales de lluvia, las últimas inundaciones han provocado cambios relevantes en la vida cotidiana del pueblo y en las políticas públicas que se implementaron en el período de reconstrucción y rehabilitación.

La primera inundación en 1959 no fue ampliamente documentada. En los relatos históricos se la describe como una consecuencia de las “grandes y beneficiosas lluvias” que devolvían el esplendor a la Laguna Mar Chiquita, vinculado esto a su actividad turística. Sin embargo, la crecida de la laguna llegó a inundar casas y hoteles ubicados sobre la costa. Las ayudas consistieron en piedras aportadas por el gobierno para la construcción de defensas, las cuales fueron colocadas por miembros del cuerpo de bomberos (Zapata, 2011).

Por su parte, la segunda inundación a fines de los setenta fue una de las más importantes que ha vivido la ciudad, tanto por sus consecuencias sociales, económicas y políticas, como también por las características que tuvo en términos de desarrollo para la población, el éxodo y la conciencia histórica.

Las consecuencias directas del desastre sobre la realidad socio-económica local estuvieron vinculadas tanto a la limitación en la capacidad de acción por parte del gobierno local como en la escasa posibilidad de generar procesos participativos por la población, dado al contexto político nacional caracterizado por la presencia de un régimen autoritario. Los periódicos regionales, relataban la inundación titulándola como el “Drama de Miramar”:

El notable crecimiento de las aguas de la laguna Mar Chiquita, como consecuencia de las últimas precipitaciones ha determinado que la municipalidad haya adoptado diversas medidas de emergencia a fin de paliar el tremendo flagelo natural. De esta manera, toda una comunidad tan sacrificada como laboriosa, vive momentos verdaderamente dramáticos. [...]

Convengamos, primeramente, en informar que el comportamiento anormal de las aguas de la laguna datan desde hace un par de meses, en forma aproximada. [...] Otras casas se han derrumbado o están camino a desaparecer, especialmente las que enfrentan directa como frontalmente la laguna en su posición norte. Bloques de compacto, paredes de hormigón y otras concreciones ideales para esta clase de emergencia, vienen siendo casi insuficientes como sofrenar el impulso de las aguas que, lo reiteramos, cuando sopla viento de sector norte provoca la justificada alarma de los vecinos. (*La Voz de San Justo*, Archivo 12 de mayo 1978)

La editorial que tuvo lugar por tres semanas consecutivas en los medios regionales, describió la realidad que se vivía en la inundación. En términos cuantitativos, el impacto de la inundación sobre la ciudad fue: treinta y siete manzanas anegadas, ciento veinte mil metros cubiertos de edificación anegados; ciento dos establecimientos hoteleros y sesenta establecimientos comerciales perdidos definitivamente; ciento noventa y ocho casas de familias inundadas, así como edificios públicos (Estación Terminal de Ómnibus, Banco de la Provincia de Córdoba, Casino Provincial, Centro Balneológico Termal, Cooperativa de Criadores de Nutrias, Camping Municipal, Iglesia Santa Teresita, Iglesia Parroquial Virgen del Valle, sede de la Asociación Hotelera, Club Náutico, Entel); treinta y ocho cuadras pavimentadas y cuarenta calles de tierra; gran extensión de líneas telefónicas y del tendido eléctrico (Zapata, 2011).

Por su parte, luego de un período de grandes lluvias y crecimiento de la laguna, en el año 2003 la ciudad se inunda por tercera vez. El avance de la laguna, de aproximadamente cincuenta metros más respecto a la cota alcanzada en la década del setenta, deja un impacto importante: “ciento

ocho familias pierden su vivienda por primera, segunda y tercera vez en las aguas de la mar, con el alivio en este caso, de contar con el apoyo municipal y provincial” (Zapata, 2011: 149). Los periódicos regionales narran la situación que vivía Miramar:

Frente al aumento de nivel de aguas que está experimentando el mar de Ansenúza, la situación de alerta determinada por la célula local de Defensa Civil se mantiene. El sábado último el barrio 105 Viviendas quedó jaqueado por la laguna y 30 familias debieron autoevacuarse a otras casas de la misma localidad o de pueblos vecinos (Marull, Balnearia o Altos de Chipión). Previamente, se habían evacuado otras 15 familias.

El intendente Raúl Castellino estuvo dirigiendo las acciones de construcción de defensas que son útiles en la emergencia, pero sólo a corto plazo. (*La Voz del Interior*, Archivo 06 de mayo 2003)

Las editoriales narran detalladamente la situación que vive el habitante de la localidad costera, comparando la realidad que se había vivido tiempo durante la inundación en la década del setenta:

Cientos de colchones al sol, quitándose el agua de encima pero no las manchas del dolor. Y allá abajo, donde había un mundo feliz, donde la luz se derramaba en la arena y en los ventanales, donde la noche era a colores, la vida era a colores, todo se había vuelto agua: un espeso y ondulante manto marrón cubría el sitio donde los miramarenses habían amado vivir.

Las imágenes de la desolación no podían ser más desoladas. Cientos, miles de miramarenses habían perdido mucho o casi todo de lo que cada uno tenía, pero sobre todo habían perdido lo que era de todos: más de la mitad del pueblo, el corazón latiente de Miramar ya no volvería a asomarse sobre la faz de la tierra [...]

Y ahora la mar, casi 20 años después, ha salido otra vez a las calles de un pueblo que vuelve a verle la cara al fantasma de su dolor: la inundación. El agua ya ha superado la marca de 1985 y no se detiene, mientras asalta otras casas desprevenidas y echa a sus moradores a los altos o, quizá, al exilio.

Miramar siente que quiere a la laguna pero no sabe qué quiere la laguna. Es la única población costera de Mar Chiquita y también la única inundada por décadas de la geografía cordobesa. (*La Voz del Interior*, Archivo 11 de mayo de 2003)

#### 4. Las transformaciones políticas en Miramar

La expansión urbana en Miramar ha respondido principalmente a la necesidad de su desarrollo económico, en especial al turismo. Lo relevante del caso es que la falta de planificación, con una clara referencia a los riesgos existentes en el territorio, ha sido una de las causantes del impacto socio-económico producido por las inundaciones: gran parte de la infraestructura hotelera había quedado cubierta por el agua, forzando a los habitantes a cambiar coyunturalmente su actividad económica, sea en el lugar, o bien en otras ciudades.

Dicho impacto se evidencia en la fase posterior al desastre y en las brechas que se visibilizan en la respuesta, la reconstrucción y el posterior desarrollo. En estas fases se pueden producir crisis de gestión, que dificultan el aprendizaje de las lecciones sobre las decisiones tomadas en la emergencia así como el proceso político de rendición de cuentas (Comfort, 2010). En estos contextos, se producen contradicciones entre los puntos de vistas de los distintos actores participantes. Es decir, es una etapa tanto de aprendizaje como de negociación, en la cual se visibilizan mecanismos de poder y se activan estrategias de legitimación social (Benadusi, 2010).

Las inundaciones y las variaciones históricas del nivel de la laguna Mar Chiquita eran una señal manifiesta de que una inundación podría ocurrir. Existía en ese entonces una escasa conciencia respecto al límite de construcción de hoteles y casas residenciales en la costa de Miramar. Apenas el agua comenzó a subir, la municipalidad, las asociaciones y la gente en general iniciaron a tomar medidas para dar respuesta al incesante crecimiento de la laguna.

Distintas representaciones ha tenido la gente respecto a lo que se hizo en el momento de la inundación. Un caso es el de Mauricio, quien luego de las inundaciones se va a vivir a Córdoba y quien se autodefine como un crítico de la historia de Miramar. Padre de familia, ha colaborado en muchas actividades de la vida cultural y política de la ciudad. Otro caso relevante es el de Liliana, quien ha formado parte de la administración pública durante el período de la inundación y que actualmente se dedica junto a su familia al comercio en la ciudad.

Miramar se hizo un daño terrible en el aspecto económico y social tratando de defender a un pueblo que era indefendible, y se habla del esfuerzo del pueblo y que sé yo, y eso fue totalmente en vano. (Mauricio, 45 años, empleado de comercio, ex residente de Miramar)

Yo creo que en un primer momento no nos dimos cuenta lo que pasaba.

Porque como en todo, vos creés que viene y se va. Pero ese irse deja unas consecuencias que te das cuenta mucho tiempo después. Un cambio de vida muy importante para la gente. (Liliana, 56 años, empleada de la municipalidad)

La política de emergencia se limitó a la construcción de bloques de hormigón y el bombeo de agua para contener el avance de la laguna. Fueron un conjunto de acciones destinadas a repeler un riesgo consumado. Desde el periódico regional relataban:

Pese a las medidas tomadas por la municipalidad, las aguas fuera de control fueron ganando terreno ayudadas por el incesante viento del sector norte que provocó oleajes de dos a cinco metros y que afectó notoriamente todo el sistema de empalizada y llegó hasta la línea de edificaciones con sus tremendas consecuencias. Los edificios costeros muestran señales inequívocas de la acción del líquido-elemento. (*La Voz de San Justo*, Archivo 12 de mayo de 1978)

Las edificaciones afectadas correspondían a gran parte de la infraestructura turística con la cual contaba la localidad. El avance de la laguna provocó sin lugar a dudas, una modificación del tejido urbano de Miramar. Una referente de las actividades culturales y turísticas que se realizan en Miramar y quien no fue afectada directamente por la inundación, comenta sobre lo sucedido en la fase de respuesta:

Después, cuando se vio que la laguna superaba el metro y medio demás que tenía, Dante Marchetti hizo los bloques de hormigón, con bombas de agua sacaban el agua de acá, la tiraban para el otro lado, siempre se pensó que en algún momento la laguna bajaba o que se la podía contener, es más, la gente se iba con un metro y medio de agua en la casa y tenían la sensación, la esperanza de que podían volver, entonces qué hacían, sacaban los muebles... Algunos, otros no, y cerraban la puerta, la ventana, siempre con la esperanza que si en algún momento la laguna bajaba, ellos podían volver. (Gladys, 42 años, directora de museo)

Otro relato de particular relevancia es el de Javier, también referente socio-cultural de la ciudad, quien fuera afectado por la inundación:

[...] en su momento creo que hidráulica fue la repartición. Apoyaron, para hacer un muro de contención, porque nadie sabía hasta dónde podía llegar el agua. Había que defender. Me parece que hicieron lo correcto. Había que defender la inversión que había abajo, y aparte el peligro. La gente, la desesperación, al intendente lo tenían... y eso que en esa época teníamos un tremendo intendente, no... conseguía... se hicie-

ron los famosos bloques, todavía están, bombas constantemente para ir sacando la filtración. Pero bueno, después se dieron cuenta que... contra el agua no es fácil. Es más difícil el agua que el fuego. Yo creo que colaboró la provincia en su momento. Lo que pasó en esos momentos, es que no hubo una retribución a los privados de cambiarles lo que habían perdido por un espacio nuevo. No era momento tampoco para gestionar nada, por el proceso militar. No había mucho para pedir. Vos si pedías, te borran ¿viste? No era fácil. (Javier, 51 años, director de museo)

Frente a la alternancia política que caracterizaba las dinámicas locales en Miramar, un factor que emerge como positivo a la hora de gestionar la emergencia ha sido el liderazgo político. En distintas entrevistas, ha sobresalido la figura del entonces intendente Dante Marchetti, quien salió a colaborar junto a los vecinos con las acciones de respuesta al desastre.

Sin embargo, el desastre operó como un factor de relevancia en la agenda política local, alterando no sólo los programas y acciones de gobierno, sino también provocando una modificación de los cargos a nivel local:

–Cuando los peronistas veían lo que Marchetti hacía en la época de la inundación, ¿lo ayudaban, lo criticaban?

Lucía: Lo apoyaban en cierto modo. No con el apoyo necesario que tenía que tener.

Mariela: Recuerdo mi papá que decía: se fue Alberioni [referente político de Miramar n.d.a.] a hablar con el gobernador de turno, porque lo quieren sacar a Marchetti. Ese tipo de confrontación. A lo mejor hacía que el pueblo no progresara, por eso... (Mariela, 48 años, docente y Lucía, 76 años, jubilada docente, ex residentes de Miramar)

–Al intendente lo saca la inundación, se va por decisión propia, o...

Augusto: y sí, pero la provincia estaba en contra política (suena el teléfono, se levanta y se va) Más lo sacó el tema de la política. Se aprovechó que Miramar se inundó en el 1978, y aprovecharon que se equivocó en cosas que hizo en ese momento. Pero hizo toda esa defensa de bloques que se ven ahí. Muy así para defender el pueblo. (Augusto, 40 años, propietario de hotel)

Este último fragmento pone de manifiesto un ulterior factor de vulnerabilidad en el aspecto político: las relaciones con otros niveles de gobierno han sido de vital importancia a la hora de gestionar políticas públicas en general, así como la emergencia y la reconstrucción en particular.

La vinculación con otros niveles de gobierno —provincial o nacional— ha dependido del hecho de pertenecer al mismo partido político que gobernar ese otro nivel, así como de las buenas relaciones político-cooperativas. Esta vinculación tiene que ver con una condicionada gobernanza vertical, es decir, entre los distintos niveles de gobierno.

Un aspecto complementario a la hora de diseñar e implementar políticas públicas es una *gobernanza efectiva*, es decir, estilos horizontales de intercambio de información técnica y cooperación entre el gobierno y distintos actores en procesos de políticas públicas (Jimenez, 2008).

En la época de la inundación, la participación de actores ajenos al gobierno no tuvo que ver en la mayor parte de los casos con el hecho de haber sido damnificados. Es recién en la actualidad que se han iniciado a implementar mecanismos de alianzas entre el gobierno municipal y otros operadores sociales y económicos presentes en el territorio. Sin embargo, estas alianzas son aún frágiles, quitando la posibilidad de implementar eficientemente políticas públicas de reducción del riesgo.

A partir de este marco se deriva la difícil capacidad de acceso a fuentes de financiamiento para la realización de obras públicas o la implementación de políticas. En el caso del período de emergencia, la complicada situación financiera de la municipalidad —debido, principalmente, a la caída de la actividad turística— y la dificultad suscitada por la existencia de gobiernos de facto, no hizo más que empeorar las posibilidades de implementar medidas apropiadas de mitigación. Una de las medidas adoptadas fue la construcción de casas para damnificados, en el marco de programas de vivienda ya existentes a través del Instituto Provincial de Vivienda: suponía otorgar una vivienda al damnificado y demoler la casa inundada.

Sin embargo, esta acción política diseñada por el gobierno durante la fase de recuperación, no habría sido implementada en un modo equitativo para los damnificados. En los siguientes relatos se vislumbran algunos matices de esta política:

Mirá, la primera oportunidad, nos dieron unas migajas. O sea, habíamos perdidos una casa de ciento cuarenta o ciento cincuenta metros, me acuerdo un terreno de catorce por cincuenta y seis y creo que nos dieron un dinero como para comer un asado, viste... y en la segunda oportunidad, no. En la segunda oportunidad, nosotros perdimos la casa y el gobierno provincial, a toda la gente que había perdido su casa, le entregó una propiedad. Que en este caso, hizo como un barrio, a donde hizo todas las casas dentro de ese predio. En vez, yo hice al revés. Yo tenía un terreno, entonces yo les propuse que ellos me edificaran en mi terreno.

Por supuesto que yo también tenía una casa de ciento y pico de metros, y ellos me dieron una de sesenta... (Sonia, 61 años, propietaria de comercio)

Digamos, hicieron este barrio. Este es el barrio que se hizo, ciento cinco viviendas, porque se habían perdido ciento cinco edificaciones en la primera inundación. Bueno, por una ley metida por ahí, medio que a los inundados no les tocaba, se lo dieron a otra gente. Por poco les tocó a los inundados.

[...] Nos habían prometido que nos harían un barrio, tipo el barrio hipotecario como se usaba en esa época. Bueno, eso no se hizo nada. Al final nos hicieron un barrio IPV, que era un experimento, un prototipo, porque son doce casas pegadas, sin ingreso al patio, sin garaje, sin nada. Todas con una habitación para dormir. Había una ley del IPV de antes, que si vos menos tenías, menos tenías posibilidades de pagar una cuota, te correspondía una casa. ¿Te das cuenta? Bueno, cuando vinieron a Miramar, capaz el que perdió un hotel, tenía un terreno, tenía un auto, tenía... entonces no lo podían ocupar con la gente inundada, entonces trajeron gente de otros pueblos. Esa gente es la que después se fue, porque al final se volvió a su pueblo de origen, y recién ahí nos dieron las casas. (Liliana, 56 años, empleada de la municipalidad)

En estos fragmentos, uno de los aspectos relevantes ha sido la brecha existente entre la medida adoptada y su implementación. Si bien se hicieron casas, no todos podían acceder, o bien hubo una demora considerable. De los relatos emerge que durante el período entre la inundación y el otorgamiento definitivo de las casas, muchas personas optaron por alquilar inmuebles en la localidad o en otras ciudades, o bien vivir junto a familiares, o por alguna vivienda que les fuere prestada en el momento.

En los años sucesivos a la inundación el panorama local se agravó por un fuerte freno en la actividad económica. En un pueblo en el que se verificaba una marcada estacionalidad turística y una dependencia exclusiva de la laguna, la inundación dejó rezagada las economías familiares de muchos habitantes de Miramar.

Sin embargo, luego de las inundaciones, se generaron dos nuevas oportunidades en el plano comercial: la peletería y la pesca. El impulso que alcanzaron los criaderos de nutria, que estaban entrando en su período de fervor, contribuyó a sostener en pie la economía de Miramar. Asimismo, con el aumento del nivel de agua de la laguna y la disminución de la salinidad, se incorpora el pejerrey, que permitió la pesca comercial y deportiva.



En este sentido, los habitantes de Miramar vieron a partir de la inundación la necesidad de reflexionar sobre cómo afrontar el futuro del pueblo. Pasado el período de transición, una ulterior medida que se toma es imploriar las edificaciones que habían quedado bajo el agua.

Las demoliciones significaron para la población un paso adelante en la construcción de un futuro. La planificación de las demoliciones tuvo como base una demanda real de los residentes en vistas a la posibilidad de reconstruir una sociedad que sentía aún los golpes del desastre: fue un factor que resultó clave en la rehabilitación del pueblo.

Más allá de las implicancias políticas y económicas que tuvo para la ciudad, las representaciones de la gente respecto a esta acción política tomó distintos matices. Algunos fragmentos de entrevistas dejan entrever que fue una política que pone fin a un período difícil para Miramar, coincidiendo en un factor: enterrar los restos edilicios que dejó la inundación:

Habíamos estado hasta el año 1992 velando a Miramar, porque lo veíamos todos los días destruidos y de una vez por todas, terminaba enterrándose por lo menos a la vista, lo que hacía ya aproximadamente trece años estábamos velando. (Mauricio, 45 años, empleado de comercio, ex residente de Miramar)

Los ochenta fue la época en donde la gente se moría de tristeza, la gente mayor. Donde, por ejemplo, la dueña del hotel alemán se quitó la vida porque no podía vivir con esa historia de vida bajo el agua. Entonces demoler creo que fue como sepultar el difunto para empezar de nuevo, porque del año 1992, desde las demoliciones controladas, y a pesar de que nos inundamos en el 2003, el pueblo miró para adelante. Y hasta ahí no, el pueblo siempre miraba la laguna, las inundaciones... (Gladys, 42 años, directora de museo)

En el 1992 dinamitaron las casas. Eso fue... es un bombazo. Socialmente, es un bombazo. Lo trato de entender, pero no lo voy a entender nunca. Vos tenés treinta años, te criaste en esa casa y ves que boom, te la tienen que hacer volar porque era peligroso, porque la gente cuando bajaba el agua se empezaba a meter y andaba en unos barquitos por ahí. Ver así que todas tus calles, tus calles cuando... andabas en bici, que te pusiste de novio, que jugabas a la escondida. Desapareció. Creo que la mente humana no estaba preparada para eso. Ninguna de las mentes no estaban preparadas. (José, 45 años, referente Secretaría de Turismo)

Los desastres causan movilización política y modifican la agenda de los gobiernos (Oliver-Smith, 1996). Las inundaciones de Miramar se convierten

ron en un elemento clave de la agenda política para las elecciones en la década del noventa, en las cuales se buscó promover un cambio en la ciudad. Sin embargo, se provoca el segundo efecto del cual explica el autor, que refiere a cómo los desastres pueden alterar la relación con el gobierno, causando, en el caso específico de Miramar, la renuncia del intendente.

La polaridad política existente en la ciudad ha tenido fuerte influencia en el proceso de reconstrucción, rehabilitación y desarrollo luego de las inundaciones. De hecho, en la década del noventa se han tomado las inundaciones como eje de campaña. Si bien las decisiones de implosionar fueron una intervención urbana que tuvo que ver con una demanda real de la gente, el impacto previsto fue valorado en modo tal que la gente misma presionó para que el intendente dejara sus funciones.

—¿Fue un cambio hacer la demolición?

Francisco: Sí, toda obra supone un cambio. Intentamos que no se implosionara todo. El Viena por ejemplo estaba en la lista. El intendente decía que para “construir había que destruir”, pero después [de las demoliciones, n.d.a.] no hicieron nada. Los intendentes sucesivos fueron haciendo cosas. El actual intendente, con el actual gobierno han logrado terminar esto. Ha quedado Miramar desfasado, porque no están en las mejores condiciones. El desafío acá es que todos los días tenés que empezar de nuevo. (Francisco, 58 años, referente reserva natural)

La decisión de implosionar fue justamente una demanda de la población: no sólo se debía limpiar el horizonte para evitar un proceso vinculado a la cuestión psicológico-depresiva de la población, de ver constantemente la pérdida que le había ocasionado la inundación; sino que también se necesitaba un cambio en el plano económico. La baja en el nivel de la laguna hizo que no hubiera más pejerrey, mientras que el mercado de pieles ya no era tan importante como en las décadas anteriores. En un pueblo que siempre se había dedicado al turismo, esta volvía a ser una opción viable.

## 5. Reflexiones finales

La gestión del riesgo de desastres ha comenzado a tratarse en las agendas de gobierno a partir de la consideración sobre la contribución que estos procesos tienen en el marco del desarrollo: “la sostenibilidad, sin control del riesgo, es imposible; el desarrollo sostenible sin ello es solo una consigna vacía” (Lavell, 2002b: 12) Particularmente, las políticas implementadas en la fase del post-desastre no pueden ser reducidas a una obra o acción

concreta, sino que deben estar ligada a un proceso que conduce al planeamiento y la aplicación de políticas, estrategias, instrumentos y medidas, y que debe ser asumido por todos los sectores de la sociedad.

Las distintas medidas implementadas luego de la inundación se relacionan con el rol de esta fase dedicado a romper con el ciclo de daños-reconstrucción-repetidos daños (Godschalk, 2003). En Miramar, las políticas del post-desastre respondieron a un modelo de reconstrucción tardío —específicamente en la década del noventa— que se concluye luego de una ulterior inundación del pueblo y que no favoreció a la generación de medidas de prevención de riesgos y mitigación de desastres a futuro.

Esto se vio reflejado en 2003, cuando el avance de la laguna volvió a poner en jaque la capacidad del pueblo de afrontar la inundación. Una de las principales diferencias entre esta última inundación y la ocurrida en la década del setenta radicó en la intervención del Estado como un actor central, a través de múltiples medidas de planes de vivienda, subsidios, subvenciones y proyecto de construcción de una defensa para la ciudad, lo cual supuso un giro en la concepción de las políticas de emergencia.

Luego de las inundaciones del año 2003, Miramar pone en marcha un proyecto que había estado latente en la agenda pública local en las últimas décadas: la construcción de una defensa para el pueblo. Esta política fue implementada con apoyo de la provincia y un esquemático sistema de alianzas público-privadas que impulsaron el turismo en los últimos años, reflejando el rol clave de las políticas en la fase de recuperación para el desarrollo local de las comunidades.

La pregunta que ha orientado el análisis ha estado principalmente vinculada a entender la importancia de las políticas que se implementan en la fase posterior a la ocurrencia de un desastre. Particularmente, se ha hecho hincapié en el rol del Estado como principal responsable del diseño e implementación de tales medidas, así como las distintas limitaciones que se afrontaron en el proceso, conforme a los modelos de gestión que operaban en el momento histórico en que ocurre la inundación.

En este sentido, la perspectiva histórica nos permitió comprender el rol que han jugado los múltiples actores en la respuesta, la recuperación y reconstrucción luego de las inundaciones. La clave se sitúa en los procesos de gobernabilidad multisectorial y multinivel desarrollados en la última década, que permitieron avanzar en la implementación de políticas y reducir el riesgo para la comunidad. Sin embargo, el abordaje de una política integral de gestión del riesgo que apunte a la incorporación de medidas de prevención de riesgos a futuro y la mitigación de desastres sigue siendo una deuda pendiente.

## Bibliografía

- BIRKMANN, J. ET AL. (2008). "Extreme events and disasters: a window of opportunity for change? Analysis of organizational, institutional and political changes, formal and informal responses after mega-disasters". En *Natural Hazards Review*, Original Paper, pp. 1-19
- BENADUSI, M. (2010). "Dopo il disastro. Ondate umanitarie e proiezioni di comunità sulle coste di Mawella (Sri Lanka)". En BENADUSI, M. (comp.). *Antropomorfismi. Traslare, interpretare e praticare conoscenze organizzative e di sviluppo. Quaderni del C.E.R.CO.*, Vol. 8, Bergamo, Guaraldi.
- BUCHER, E. ET AL. (2006). *Bañados del río Dulce y Laguna Mar Chiquita (Córdoba, Argentina)*. Córdoba: Academia Nacional de Ciencias.
- CADORNA, E. (2005) "Sistemas de Indicadores para la evaluación de riesgos", *Monografías CIMNE*, IS-52.
- CARAGLIANO, S. (2007). *Società e Disastri Naturali. La vulnerabilità organizzativa nelle politiche di prevenzione dei rischi*. Bologna: Pitagora Editrice.
- COMFORT, L.; BOIN, A. y DEMCHAK, C. (2010). *Designing resilience. Preparing for extreme events*. University of Pittsburgh Press.
- DI DONNA, V. (1994). *L'ambiente. Risorse e rischi*. Napoli: Liguori Editori.
- DÓMINA, E. (2003). *Historia Mínima de Córdoba*. Córdoba: Ediciones del Boulevard.
- DOUGLAS, M. (1991). *Come percepiamo il pericolo: antropologia del rischio*. Milano: Feltrinelli.
- FONTANA, S. (2014). *Educación, Gestión del Riesgo y Desarrollo*. Documento de Divulgación del Ministerio de Ciencia y Técnica de la Provincia de Córdoba.
- . (2008). *Sobre llovido, mojado. Riesgo, catástrofe y solidaridad. El caso de Santa Fe*. Córdoba: EDUCC.
- GARCÍA ACOSTA, V. (2004). "La perspectiva histórica en la antropología del riesgo y del desastre. Acercamientos metodológicos". *Relaciones*, Vol. 25, n. 97, pp. 124-142.
- GODSCHALK, D. (2003). "Urban Hazard Mitigation: Creating resilient cities". *Natural Hazard Review*, Vol. 14, n° 3, pp. 136-143.
- GRAZIANO, P. (2012). "Rischio, vulnerabilità e resilienza territoriale". En *Quaderni del Dipartimento di Scienze Economiche e Sociali*, Serie Rossa, quaderno 87.
- HERZER, H. y OTROS (2002). *Convivir con el riesgo o la gestión del riesgo*. Buenos Aires: CESAM.
- HOFFMANN, S. y OLIVER-SMITH, A. (2013). *Catastrophe & Culture. The Anthropology of Disaster*. Santa Fe, New Mexico, School of American Research Press.
- JIMÉNEZ, W. (2008). "El enfoque de políticas públicas y los estudios sobre gobierno. Propuestas de encuentro". En *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, n. 41.
- LAVELL, A. (2002a). "Riesgo y Territorio: los niveles de intervención en la Gestión del Riesgo". *Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe*, FLACSO-Nueva Sociedad.
- . (2002b). *Sobre la gestión del riesgo: apuntes hacia una definición*. Lima: La Red-USAID.

- LIGI, G. (2009). *Antropologia del rischio*. Roma: Laterza.
- LUHMANN, N. (1996). "El concepto de riesgo". En BERIAIN, J. (comp.). *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Anthropos.
- NATENZON, C. (2000). *Una propuesta metodológica para el estudio de la vulnerabilidad social en el marco de la teoría social del riesgo*. Ponencia presentada en las IV Jornadas Nacionales de Sociología, UBA.
- OLIVER-SMITH, A. (1996). "Anthropological research on hazards and disasters". En *Annual Reviews of Anthropology*, Vol. 25, pp. 303-328.
- . (1994). "Reconstrucción después del desastre: una visión general de secuelas y problemas", *Al norte del río grande*, primera edición, LaRed.
- SIMIONI, D. (2011). "Città e Disastri". En BALBO, M. (comp.). *La città inclusiva: argomentazioni per la città dei PVS*. Milano: Franco Angeli.
- WISNER, B. ET AL (2004). *At Risk. Natural hazards, people's vulnerability and disasters*. New York: Routledge.
- ZAPATA, M. (2011). *Historias que dejaron huellas*. Córdoba: BC Imp.
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo - PNUD (2004). La reducción del riesgo de desastres: un desafío para el desarrollo. Informe mundial.
- Oficina de Naciones Unidas para la Reducción de Desastres - UNISDR (2015). Marco de Acción de Sendai para la Reducción del Riesgo de Desastres.
- Oficina de Naciones Unidas para la Reducción de Desastres - UNISDR (2015). Informe GAR: Evaluación Global sobre la Reducción del Riesgo de Desastres.
- Oficina de Naciones Unidas para la Reducción de Desastres - UNISDR (2009). Terminología sobre reducción del riesgo de desastres.
- Oficina de Naciones Unidas para la Reducción de Desastres - UNISDR (2005). Marco de Acción de Hyogo: Aumento de la resiliencia de las naciones y las comunidades ante los desastres.
- Diario *La Voz del Interior* <http://www.lavoz.com.ar>
- Diario *La Voz de San Justo* <http://www.lavozdesanjusto.com.ar/>

Fecha de recepción: 19/10/2016

Fecha de aceptación: 25/08/2017